Por las seis horas

Por repercusiones de la crisis mundial, por el retraimiento del capital o por la simulación de crisis de trabajo, la desocupación de los obreros aumenta de día en día. Son ya innumerables los sin trabajo, los rechazados por el régimen capitalista, condenados al hambre, a la miseria y a la desesperación. El Gobierno republicano-socialista no atina con otras soluciones que el limosmeo, el reparto de unas pesetas que nada remedian, y el aumento de la policía y de la guardia civil, a fin de masacrar al sin trabajo que pretenda manifestarse en la calle.

Por su parte, el obrero sindicado procede con una nobleza y un altruismo que serían dignos de encomio si no fuesen suicidas. Antes que consentir el despido de sus compañeros de trabajo, prefiere partir con él el pan, el hambre y la desocupación, consintiendo en disminuir sus días de haber en la proporción que la crisis lo imponga. La organización confederal acoge en su seno a los parados y les brinda su apoyo material y moral. La Confederación tiene en estos últimos meses un historial de gestas magníficas, evitando los despidos colectivos, como el de la Felguera, ante el que se estrelló toda la soberbia y el amor propio del autoritario ministro de la Gobernación, Miguel Maura.

Hemos aceptado una táctica de acción frente a la desocupación, que echa sobre nuestras espaldas todo el peso de la crisis y resuelve de un modo sencillísimo para el Gobierno, y para el burgués, el problema irresoluble del paro. De este modo, el agobio y el peso de la crisis gravita sobre el proletariado, sin ningún sacrificio ni quebradero de cabeza por parte de la burguesía.

Esta conducta altruista, que habla muy alto en favor de la moral proletaria, desde el punto de vista de la lucha de clases, no puede ser más equivocada. Prestamos con ella un excelente servicio a la burguesía, a la que tenemos prisa por hundir.

Luego de haberse tomado el acuerdo en el Congreso último de la A. I. T., de implantar la jornada de seis horas, no se ha vuelto a hablar ni a decir una palabra de esta solución momentánea, pero excelente, de la crisis de trabajo. Es la solución más eficaz que tenemos a mano contra el paro. Si en ocho horas se produce demasiado y sobran brazos, trabajemos sólo seis y que haya tarea para todos.

Todo lo que en un tiempo se dijo en favor de la jornada de ocho horas, podemos repetir a propósito de la jornada de seis. Hoy la jornada de ocho horas es excesiva en la misma medida que antes lo fué la de diez, y en la medida que lo sería la de seis, si el régimen capitalista prolonga su agonía.

La Confederación Nacional del Trabajo está suficientemente capacitada para imponer en España esta jornada por la acción directa de los trabajadores. No tenemos nada que esperar de los Gobiernos ni de otros organismos retardatarios. Por otra parte, la jornada de seis horas, como la de ocho, después de ser legalizada, se respetará allí donde los obreros la hagan respetar. La burguesía nunca ha dado más que aquello que se la ha arrancado por la fuerza.

Para fecundar con la acción a la C. N. T. Para defendernos de la crisis económica. Para ofrecer a la burguesía un ejemplo de nuestra capacidad, debemos imponer la jornada de seis horas. Que todo sindicado abandone y haga abandonar la tarea en cuanto se cumplan las seis horas.

Proponemos que a la mayor brevedad todos los sindicatos y camaradas tomen acuerdos en este sentido, presionando al C. N. para que actúe en consecuencia, dejando por ahora la vana palabrería de esos mitines de protesta. La protesta ha de hacerse con la acción. A los Sindicatos hay que fecundarlos con la acción. En este momento las palabras sobran.

Esta determinación podría ir precedida de una huelga general de veinticuatro horas, que fuera como el grito de desafío y el ceremonial adecuado a una gesta de tal trascendencia que podría aprovecharse como protesta contra la represión y la persecución con que nos distingue la prostituida República de la Sanjurjada.

Cuando la iniciativa, en este aspecto, no nace en los organismos directivos, debemos darla empuje y aliento donde quiera que nazca. Nos amenaza la ley de Defensa de la República, nos acosa el paro con la amenaza de un invierno de hambre. Frente a esos dos hechos no caben protestas platónicas, discursos floridos ni entusiasmos mitinescos.

Disponeos todos a la acción, por la conquista de las seis horas.

Por la Federación Local de Sindicatos Unicos de Vitoria,

EL COMITE

A todos

Camarada:

Los anarquistas organizados de esta comarca, ponemos a tu consideración las definiciones que siguen, para que si ellas hallan eco en ti, vengas sin demora alguna en el seno de nuestras Agrupaciones libertarias a engrosar su número, valor y calidad.

∴

Al igual que los demás pueblos que están sometidos a la explotación del hombre por el hombre, a la tiranía de cualquier Gobierno, llámese como se llame, y que viven sujetados por la mano criminal de los detentores de la riqueza social, el pueblo español, el proletario, realiza ya de muchos años esfuerzos sobrehumanos para romper toda clase de cadenas que le atan al yugo de una esclavitud moral, intelectual y física.

El proceso de descomposición del capitalismo, orden burgués, es cosa real en el panorama mundial; lo prueban las constantes bancarrotas de la Finanza, del Estado, Religión, etc.

La confianza del pueblo productor con los representantes de los diversos partidos políticos, sean éstos del color que sean, está tocando a su fin. La verdad se abre paso arrancando viejas creencias, ingenuas confianzas, ilusiones suicidas, y va precisando cada día más las ideas, acciones y corrientes que retardan y no facilitan la libertad intelectual a que aspira el pueblo laborioso e irredento.

La doctrina, carácter y sistema autoritario y centralista, nadie ignora que es el más fuerte puntal del privilegio, propiedad y riqueza individual y privada.

Frente a la autoridad y al privilegio se levanta con ardor y conciencia continuada, la idea de una sociedad basada en el libre acuerdo, del ensayo libre, individual y colectivo, de una práctica solidaria entre todos los seres humanos y bajo los bellos principios de Amor, Libertad y Trabajo.

Que vamos hacia la perfección; que esta marcha se realiza penosamente, a causa de los innumerables obstáculos que en la ruta se nos pone y que cuantas más serán las fuerzas libertarias y simpatizante que empujen los vehículos de la liberación, más pronto se practicazarán aquellos principios, es cosa de todo punto innegable.

La libertad necesita de amigos, de verdaderos luchadores amigos. Los Grupos de afinidad en ideología y temperamento, son hoy en España su mejor baluarte. El anarquismo militante tiene dadas pruebas de haber recogido bajo su bandera las aspiraciones todas de la Humanidad doliente.

∴

¡Camarada! Si te hallas convencido de la ineficacia libertadora de las ideas estatales y propietaristas; si tus sentimientos saben vibrar delante de las mil y una injusticias de la sociedad actual, pasando por encima de conveniencias particulares de ostentación y fácil acomodamiento, de inactividad y vegetativa vida, ven a reforzar nuestros cuadros, a poner todo tu entusiasmo, toda tu fuerza ideológica, junto a nuestras energías y actividades.

En el Grupo de Afinidad, con la labor de preparación y autosuperación; con ideas y criterios bien definidos, propagando los bellos ideales libertarios en el seno de la organización obrera y con empuje irresistible, con poderoso nervio transformador, con el Pueblo entero, a la destrucción de la economía e inicua sociedad capitalista para establecer sobre sus ruinas la sociedad libertaria.

COMITE COMARCAL
BAJO LLOBREGAT

Correo

Oliva de la Frontera, H.: Se recibieron las 17 pesetas. Los donativos se insertan aparte. Saludos.

La Línea, R. P. L.: El periódico se envía puntualmente, y a ti, lo mismo que a todos. Reclama en correos de esa localidad.

Facundo Roca y José Palencia enviarán su dirección al compañero Juan Legal, Calle de la Iglesia, 6, Cazalla de la Sierra (Sevilla).

—Villanueva y Geltrú, y Sevilla: Se recibieron 52'40 y no 5'50. Conformes.

—Logroño, A. Ibáñez: Di los folletos que quieres y se remitirán. Van alegorías.

—León, Prieto: Estás al corriente. El periódico debería llegar a ésa el sábado, lo más tarde.

Huelva, G. F. F.: No hemos recibido sobre vosotros nada. Nos merecéis confianza.

Charla con un amiguito

Hectorín es un vivaz y alegre niño de nueve años. Expansivo y cariñoso, a todo el mundo atrae y cautiva con su singular simpatía. Entre otras muchas cualidades, posee la admirable de saber «el cómo» y «el por qué» de las cosas. A todos aborda y confunde a preguntas: «¿Qué es esto? ¿Por qué de esta manera? ¿Cómo nace esto? ¿Quién lo ha hecho? ¿Por qué muere?» Bueno, a querer deciros todas sus interrogaciones, lectorcilos amables, os fastidiaría, pues la lista sería interminable; creo que con lo expuesto basta para que os forméis una idea de mi amiguito. Si leéis con atención, le conoceréis más íntimamente. A mí, amante loco de todos vosotros, agrádame infinitamente conversar con él, por lo cual todos los días de asueto o los ratos de ocio, abandonamos la ciudad ruidosa y ajetreada y nos salimos para el campo. Allí, cual juguetón cabrito, retoza, trisca, grita, ríe, pregunta. El aire oxigenado, la atmósfera pura y reconfortante de la montaña o del bosque alegra nuestra alma, fortalece nuestros bronquios, purpurinea nuestras mejillas y salura nuestro ser.

Hoy, después de evacuadas nuestras ocupaciones respectivas (porque habéis de saber, amiguitos míos, que Hectorín, aunque pequeñín, tiene también las suyas: va a la escuela a educarse racionalmente, ayuda a sus buenos padres, hace los recados, etcétera), cogidos amigablemente de la mano, nos hemos desplazado del pueblo:

Dialogamos:

—¡Qué alegría tengo cuando salgo de paseo por el campo!—díceme con su gracioso e infantil gracejo.

—¡Es verdad!—le digo—. El campo pone contentos a todos. El sol, los pájaros, las flores, la vegetación, todo, todo colma de regocijo nuestro espíritu.

—Sí; todo es precioso, encantador; mira, mira qué flor tan bella... qué delicioso el canto de aquel hermoso pajarillo... Oye, Enrique, dice mi tía Leonor que esto: los pájaros, los hombres, los animales, todo, lo ha creado Dios; pero... no sé... creo que tantas cosas... tan grandes... tan preciosas no puede hacerlas ese hombre...; no, no es hombre como nosotros...; mi tía dice que es espíritu, que es...

—¿Eso te dice tu tía? ¡Vaya, vaya cosas que te dice! Y tú, qué, ¿la crees?

—¿Yo? No sé; veo difícil que un hombre, o lo que sea, haya creado tantas y tan maravillosas cosas; pero, yo me digo: si este mundo, con todos sus seres, no lo ha hecho nadie, ¿cómo se explica que exista?

—Verás; préstame atención y escucha. Ya sabes que yo no quiero que se crean las cosas sin antes haberlas estudiado mucho y haberse percatado de si son ciertas o falsas. Atiéndeme, pues; tú no sabes explicarte cómo existe el mundo si no admites a un creador que lo haya hecho. Si lo aceptamos debe ser muy poderoso, muy grande, ¿no es eso?

—Así debe de ser.

—Pues bien; yo te digo: ese ser personal y omnipotente no existe. Tal creencia es un producto de la ignorancia del hombre. Ya iré demostrándote esto. Voy antes a explicarte una cosa para que me comprendas mejor. Así como tú no comprendes la existencia del mundo sin un ser creador, cualesquiera que sean sus fuerzas, los primeros hombres que pisaron la Tierra tampoco lo comprendían. No se explicaban cómo nacían y morían los animales, las plantas y ellos mismos, cómo aparecía y se ocultaba el sol, esto es, el día y la noche, por qué llovía y hacía viento, por qué cuando el firmamento se encapotaba se veían rayos de luz, cual si fueran culebras de fuego, acompañados de ensordecedores ruidos...

—¿El relámpago y el trueno, no eso?

—Eso es; aquellos primitivos hombres, diferentes en muchas cosas a nosotros, no comprendían ni es explicaban los fenómenos de la vida. ¿Y sabes por qué?

—Sí; porque no estudiaban.

—Porque no estudiaban, no, pues aunque hubieran querido hacerlo no hubiesen podido.

—¿Por qué? ¿Acaso no sabían leer?

—No sabían leer por una parte; pero, sobre todo, porque su inexperiencia se lo vedaba.

—¿Su inexperiencia?

—Sí, sí, su inexperiencia. ¿Te asombra eso, verdad? Pues tu asombro desaparecerá cuando sepas que el Saber no es otra cosa que la experiencia seleccionada de las incontables generaciones que han vivido en este mundo...

Al llegar a este punto el niño dirigió su atención hacia las ramas de un árbol, donde varios pajarillos jugueteaban. En el próximo número, amiguitos, continuaremos esta conversación.

ENRIQUE VARO.

Idealismo y realismo

(Viene de la 1.ª página)

ción filosófica, un dogma espiritualista tan bello como todas las religiones humanitarias, pero tan inactual hoy y mañana como lo son las quimeras de los utopistas de la cristiandad?

Se dirá que el anarquismo ha definido teóricamente la solución de los problemas sociales y que busca una síntesis de progreso compatible con la idea de justicia, con la solidaridad y la fraternidad humanas. No son las conclusiones teóricas las que nos preocupan ahora. En el dominio de la sociología, propulsores de un movimiento de oposición al capitalismo, los anarquistas tienen bien definidas las posiciones. El aspecto cambia cuando la propaganda debe concretar, al margen del procedimiento económico, definiciones morales, de espíritu y de cultura, frente al mundo de las pasiones, de las creencias de los sentimientos que hacen del individuo una potencia pensante y actuante en el torbellino de los odios eternos...

Los contrastes son demasiado violentos para que no los tengamos en cuenta. No basta con declarar la bancarrota de la civilización burguesa y la fatalidad del proceso revolucionario que sigue la historia. Esa es una conclusión teórica basada en generalizaciones, una fe de creyentes que todo lo esperan del azar, un hecho que puede ser realizado contradiciendo las leyes del dinamismo social. Y los anarquistas no podemos confiar al acaso el triunfo de propósitos cuya realización confiamos al hombre, no porque esa sea la resultante obligada del desenvolvimiento de la humanidad de hoy, sino porque es posible determinar los avances de los pueblos en un sentido progresivo, por la voluntad del individuo en la lucha con las potencias que le atan al pasado y le detienen frente a las conquistas presentes.

El idealismo es, pues, una potencia en permanente oposición a la realidad. Sin embargo, hay realidades que contradicen el enunciado teórico y que contribuyen a rectificar el punto de partida de un movimiento revolucionario. Surge de esta situación contradictoria la necesidad de someter a examen los principios que resultan demasiado débiles y de hacer un reajuste de las ideas que fundamentaban aquella conducta. De ahí la divergencia existente entre los anarquistas frente a problemas contingentes que ofrecen la particularidad de agrandar los contrastes inevitables entre la teoría pura y la práctica deducida de hechos no siempre previstos.

Algunas fórmulas generales, negativas, que constituían las bases teóricas del anarquismo, fueron rectificadas debido a que partían de un error de apreciación de contingencias superadas por el propio movimiento. Otras están sujetas a examen y motivan profundas divergencias teóricas y tácticas entre los anarquistas. ¿Dónde comienza la revisión de la teoría, para ajustarla a la realidad y hacerla compatible con los hechos sociales, con las experiencias históricas, con el dinamismo de la revolución, y dónde el revisionismo es una simple tentativa para adaptar las ideas revolucionarias a un interés de partido o al imperativo del ambiente, que es siempre la negación del esfuerzo de las minorías conscientes? ¿En qué límite puede ser circunscrita la opinión de un individuo o de un grupo de individuos que declaran compatibles con la propaganda libertaria ciertas sugestiones políticas que para los demás militantes vulneran la esencia moral y los fundamentos espirituales de la anarquía?

Partiendo de un razonamiento que quiere ser categórico, como que se basa en la realidad inmediata y tiene su fuerza sentimental en las pasiones humanas, hay anarquistas que declaran necesaria la guerra en circunstancias especiales; por ejemplo, cuando se trata de defender el propio país contra la invasión extranjera, o de oponer un estado de cultura, o una simple ficción política —como es la democracia— a las corrientes imperialistas de una nación, que no es sin embargo más peligrosa que el resto de las naciones. ¿Es compatible con el ideal anarquista, con las conclusiones teóricas del socialismo y con la finalidad del movimiento revolucionario, esa posición mental que resuelve en la defensa armada de un Estado la continuidad del proceso civilizador y el triunfo de ideas y propósitos que niegan todos los usufructuadores del privilegio, todos los gobernantes, todos los explotadores, cualquiera que sea el régimen en que amparen sus derechos de casta, su autoridad y su despotismo?

Esas corrientes nacionalistas, que se expresan en la defensa de la democracia y que buscan en la guerra la continuidad del progreso social, son extrañas al anarquismo. Lo son también las desviaciones teóricas que buscan en la dictadura obrera una base de realización, por la perpetuidad del capitalismo en un sistema que deja inalterables las causas de la esclavitud moral y corporal del hombre. ¿Qué importan las razones sentimentales que abonan la primera actitud y los motivos económicos que sirven de argumento a la segunda? En el mismo caso estarían los reformistas al propiciar su política realista, su posibilismo científico, ya que si sacrifican lo mediato a la inmediato pueden alegar en cambio que defienden a los explotados contra los explotadores, no importa que lo hagan en nombre de principios que falsean el objetivo proclamado.

Debemos examinar todas las cuestiones que ponen en contradicción el enunciado teórico con la realidad inmediata. Pero también debemos combatir las sugestiones del ambiente, el falso espejismo de ideologías extrañas al anarquismo, porque de lo contrario sacrificaríamos las propias ideas a los más absurdos prejuicios y nuestro movimiento carecería de valor como exponente de una voluntad determinadora del progreso humano y del avance de los pueblos en el camino de la revolución integral.

L. A.

Se ha puesto a la venta la 2.ª edición de la hermosa alegoría

TOCSIN RE VO LU TIO-NAIRE

a gran formato y a ocho colores en cartulina especial, al precio de 1'50 ptas. ejemplar. Pidiendo cinco ejemplares en adelante a 1,10 ptas. Pago adelantado

Para el extranjero haremos el descuento correspondiente al franqueo

La absurda sociedad en que vivimos

(Páginas literarias)

Aquella noche, me agitaba en el lecho sin cesar, presa de incontrolable angustia, al ver que me era punto menos que imposible conciliar el sueño. Incapaz de domeñar mis nervios, me lancé al arroyo, errando un buen espacio por la ciudad. De antuvión, me hallé ante un vasto edificio. Los amplios ventanales de su piso principal dejaban escapar de su interior torrentes de cegadora luz y sonidos adormecedores de dulces melodías. Sentí vehementes deseos de asistir a la fiesta que, sin duda, se celebraba en aquellos instantes en el interior del vasto edificio. Como impelido por invisibles fuerzas, avancé resuelto.

Confuso, me detuve unos momentos ante la puerta del soberbio edificio. Una doble fila de lacayos que vestían las más variadas libreas se extendían a uno y otro lado de la entrada de pórfido. Atónito quedé, a la vista de tantas libreas resplandecientes, cuyos galones de oro y las diversas condecoraciones que pendían del pecho de aquellos hombres, deslumbraban hasta cegar la vista.

Estoy seguro de que entre aquellos serviles lacayos vi a mucha gente conocida: algunos famosos escritores, varios luchtos guerreros, muchos potentados y no pocos políticos encumbrados.

Dirigí la mirada con lástima a mis pobres vestidos y experimenté la vergüenza de mi humildad, al compararlos con el lujo irritante que ostentaba aquella horda servil, en cuyos pétreos rostros se veía reflejada la miseria de sus almas de esclavos.

Un ligero estremecimiento agitó mis miembros, al sentir sobre el hombro el peso de una mano. Volví el rostro. Ante mí, tenía una anciana rugosa, encorvada por el peso de los años y bajo cuya maltrecha túnica se adivinaba un cuerpo esmirriado, cubierto de purulentas llagas quizá.

Aquel espectro de mujer me sobrecogió de espanto. Más aún cuando, con voz que parecía salida de un cráneo insepulto, picoteado por los cuervos, me dijo:

—¿Quieres pasar?

Indicándole con una tímida mirada el estado lamentable de mi ropa, apunté:

—No sé si deba...

Ella me atajó con una extraña sonrisa:

—¿Por qué no? Yo no voy mejor vestida que tú, y, sin embargo, circulo con entera libertad por esos espléndidos salones.

—Tal vez eres antigua amiga de sus moradores.

—Te engañas; pocos son los que me conocen ahí dentro y aún éstos me tratan con cierto despego, a causa de mi fealdad y mis harapos. No piensan que ellos son los que me han conducido a estado tan lamentable.

—¿Ellos?

—Sí; ellos son los que me han maltratado eternamente y los que, inmisericordes, han fundido mi cuerpo con látigos de fuego. Sin embargo, eso no les impide que, cuando de mí hablan, lo hagan con cierta jactancia y afirmen otorgarme su leal amistad; pero les inspiro una gran aversión.

—En fin—le pregunté—, ¿Quién eres?

Y ella, con amargo desconsuelo,

—La Verdad—me replicó.

—¡Ah!—exclamé asombrado—. ¡Es la Verdad!

Y la miré fijamente a los ojos; y no la vi porque las lágrimas me la ocultaron.

Hacía ya tiempo que mi alma buscaba con ansias la Verdad, y, aunque nunca pensé que podría hallarla tan maltrecha, me sobrepuse a la desilusión que me había causado, y la dije con resolución:

—Guíame; te sigo.

En pos uno del otro, atravesamos por entre la doble fila de servidores, que ni siquiera repararon en nosotros; ascendimos por una amplia escalinata, cuyos mármoles ocultaba una mullida alfombra y cuyo pasamanos, de lindo encaje de oro, no me atreví a profanar tocándolo con mis manos pecadoras. Llegamos sin fatiga al piso principal.

—Aquí viven el Orgullo y la Vanidad—me dijo mi conductora—. Pese al incalculable tiempo que hace se amancebaron, conservan la ilusión de unos novios. Su vida se desliza suave, entregados al culto perpetuo de la Mentira. Pasa y verás.

Suavemente arrastrado por la Verdad, llegué a un vasto salón de imponderable riqueza. En el mundo, no he visto nunca cosa semejante, bien que el lujo y la riqueza jamás me dispensaron sus favores. Mi mirada fué impotente para descubrir el límite de aquellas paredes de alabastro, de las que pendían los más valiosos tapices de Esmirna.

Merced a la indicación que con su descarnado índice me hizo mi acompañante, pude distinguir al cabo al Orgullo y a la Vanidad, entre la inmensa multitud de pulcros caballeros y bellas damas que les rodeaban serviles. Estaban sentados en un trono elevado, que parecía sostenido en el espacio por auríferas nubes. Los dos eran viejos; viejos y repulsivos. Pero cubiertos entrambos de vestiduras cuyo valor no es posible apreciar. Sus ropas eran nuevas, relucientes y exornadas de piedras preciosas, que despedían en torno mágicos destellos.

Y vi, a los pies del trono, a la Hipocresía y a la Adulación, postradas de hinojos y quemando las más aromáticas hierbas, en incensarios de plata repujada.

Toda aquella multitud, compuesta por la variedad más selecta de seres humanos, estaba adorando con místico éxtasis a los dueños y señores del mundo.

Noté bien pronto que el ambiente de aquella estancia, enrarecido por tanto incienso, me producía náuseas. Lástima me inspiró la selecta concurrencia; lástima y asco. Y no pude por menos que volverme a la Verdad y suplicarle:

—Salgamos de aquí. No seas conmigo tan cruel que me obligues a presenciar por más tiempo este espectáculo repugnante.

Ella sonrió de modo enigmático y accedió a mis ruegos. Subimos al segundo piso. Aquel tramo de escalera no estaba alfombrado; sus escalones eran de piedra; su pasamanos, de hierro toscamente trabajado.

Hallándonos en el umbral de una estancia reducida, amueblada con extraordinaria sencillez, pregunté a mi guía:

—¿Quién habita aquí?

—La Avaricia y el Egoísmo—me replicó.

—Sus estancias son más reducidas y frías que las del piso inferior, pero encierran mayores y más positivas riquezas. Abajo, todo es oropel; aquí, todo es oro puro.

Pronto tuve ocasión de comprobar la certeza de sus palabras. En la estancia contigua, vi al Egoísmo sentado en cómodo sillón, arrebujado en pieles y ante un brasero encendido, aunque con tan escaso fuego que apenas despedía calor. La Gula le servía abundantes y exquisitos platos, que él comía con fruición. La Avaricia, su eterna compañera, contaba febrilmente